

Una historia de computadoras

Mi generación creció «sabiendo» que las computadoras eran máquinas de inteligencia sobrehumana. Sabíamos también que podían enamorarse del programador, como en la Dimensión Desconocida, o asociarse para traicionarnos, como en El Proyecto Forbin. En fin, los aficionados a la ficción científica («ciencia ficción») creíamos conocerlas muy bien y tener bases suficientes para temerlas.

Cargado con esos temores ante un ser fantástico, comencé a usar una computadora obligado por mi profesor de estadística, quien es hoy un buen amigo al que agradezco el empujón. Pronto me di cuenta de que mis temores eran infundados. La computadora es fundamentalmente una calculadora de alta capacidad. Cada letra y cada figura que vemos en la pantalla no son más que el producto de una ecuación. De hecho, tal imagen es solo una ilusión óptica. Un punto de luz se desliza sobre la pantalla variando de intensidad (tres puntos si es en color). Nuestra vista acumula los puntos y sugiere una imagen al cerebro. Pero todo esto se aplica a las máquinas actuales. Las antiguas solo podían comunicarse con nosotros mediante aquellas largas tiras de papel que quedaron como recuerdo en las caricaturas de los años 60.

La computadora con que comencé tampoco tenía pantalla. Recuerdo que hacía fila para usar una perforadora de tarjetas, luego las entregaba en el mostrador y regresaba 24 horas después...para descubrir que había cometido un error en la tarjeta no. 3 y que el programa no había corrido. De nuevo hacía fila, entregaba tarjetas, y volvía otro día con el corazón en vilo (a menudo justificadamente). Hoy, cuando escribo todo esto en una microcomputadora que me muestra inmediatamente cualquier error, aquellos tiempos me parecen incomprensiblemente lejanos. Sin embargo, no todo es un campo de rosas. La mayoría de los usuarios sabemos aprovechar los programas, pero no tenemos el interés ni el tiempo de aprender detalles que son más bien para el experto. ¿Ha llegado alguna vez a la oficina, con urgencia de imprimir un informe, solo para descubrir que hay una falla en el «DOS»? ¿Qué puede hacer en ese caso desesperado? Si Ud. tiene mucho dinero, puede contratar a un asesor, que con suerte incluso podría hacerle un campo en la agenda y pasar el mismo día. Por supuesto, tendrá que pagar una suma nada despreciable.

Ante tal panorama, ha sido muy alentador enterarme de que en la Universidad de Costa Rica el Centro de Informática ha establecido el SAG, un Sistema de Apoyo General que incluye servicio de asesoría a los usuarios institucionales de microcomputadoras. Un rápido cálculo demostrará que con todo el tiempo y trabajo perdido que el nuevo servicio ahorra, el programa no solo le sale gratis a la Universidad, sino que deja ganancias. Lo menos que puedo hacer es felicitar a quien quiera que haya tenido la brillante idea.